LOS DOS ENANOS

por Eugenia Montero

Se dejó caer sobre la hamaca. Estaba agotado. Se sentía igual que un autómata. Comenzó a mover acompasadamente la mecedora, el balanceo emitía un suave roce —tac... tac...— como si unos enanitos estuvieran serrando en su taller. Se echó a reír ante esa idea que se le había ocurrido. Su carcajada le sobresaltó. En el centro del silencio nocturno había surgido estridente y extraña.

Cerró los ojos: los enanitos... Sí, los recordaba, pero no eran precisamente aquellos de un cuento infantil. No, estos eran horribles, deformes, desdentados y estrábicos. Sólo les vio una vez, pero sus rostros se quedaron grabados en su mente durante muchos años, hasta que un día desaparecieron, igual que tantos otros recuerdos de la infancia. Y ahora, de pronto, inesperadamente, volvían trayéndole el horrible recuedo de aquel día.

Abrió los ojos y parpadeó asustado, la luz se había enrojecido, de la bombilla caían gruesas gotas de sangre. No era su imaginación, esa maldita fantasía suya la que le hacía ver cosas inexistentes. Debía tener fiebre. Tal vez estaba delirando. Pero su crimen no era un delirio. Un rictus maligno se dibujó en su boca de expresión cansada. Había hecho lo que debía.

Volvió a mecerse muy despacio, con aire distraído, mientras canturreaba, casi en un susurro, un vieja melodía infantil.

Recordaba aún aquella canción que le cantaba su madre, con una voz muy fina que se quebraba a veces como la cuerda demasiado tensada de un violín. Recordaba sus brazos tan cálidos rodeándole, envolviéndole en una caricia tan dulce que él se adormecía entre ellos, entre aquel calor suave, bajo aquella voz trémula...

Hasta que un día... Era un recuerdo vago, lejano, en el que surgía una blanca bañera teñida de sangre, y su madre, más blanca que nunca, la boca entreabierta, los cabellos oscuros enmarañados, cubriendo parte de su rostro. Su cuerpo tenía una posición extraña, de muñeca tronchada de trapo. El era demasiado pequeño para entender qué había ocurrido, pero sabía que aquello era horrible y que ya no escucharía más la voz de su madre ni sentiría sus brazos. Se arrodilló, apoyó en el borde de la bañera sus pequeñas manos, y éstas se tiñeron de sangre. Fue entonces cuando gritó, un anhelo instintivo le impulsó a pedir auxilio. Se levantó y fue hacia la puerta del baño con su paso aún vacilante, gimiendo entrecortadamente:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Entonces aparecieron aquellos horribles enanos de caras monstruosas... Lo que pasó después se borró de su mente. Durante mucho tiempo su infancia quedó borrada y en ella sólo surgía, como una

pesadilla, aquellas horribles caras junto al umbral de una puerta. Luego...

Echó la cabeza hacia atrás y miró el lienzo que tenía enfrente, sobre el caballete, aún sin empezar. hacía unos días que era incapaz de pintar. No se le ocurría nada. Los pinceles se le escapaban de las manos. Era algo extraño. Todo lo que era, todo lo que tenía se lo debía a la pintura. Decían que era un artista atormentado e irregular. Sí, era cierto, pero nunca había estado tanto tiempo inactivo. Estaba pasando por una época de inercia, de desgana. Y, era curioso, ese estado se había unido al odio que comenzó a despertar en él su mujer.

«¿La había amado alguna vez?», se preguntó. No estaba muy seguro. El sentimiento último que una persona despierta en otra es siempre el más fuerte. Las sensaciones recientes eran las únicas reales y auténticas para él. Sí, tal vez la había amado. Quizás, al tenerla entre sus brazos, muchos años antes, le había dicho sinceras palabras de amor, pero, ¡había pasado ya tanto tiempo!

Todo empezó de una manera tan simple. Un día se fijó en aquellas pequeñas arrugas que rodeaban sus ojos. Aquello le molestó profundamente. Comenzó a observarla, día a día, en silencio. Y día a día comprobaba que nuevas arrugas iban surcando su cara.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella— ¡Qué extraño estás! ¿Por qué me miras tanto?

—¿Por qué no te dejas el pelo del color de antes?

—Porque se me verían las canas —contestó ella riendo.

De golpe se estaba dando cuenta de que su mujer había envejecido y al observar con detalle las huellas que el paso del tiempo estaban dejando en su cuerpo en su cara, empezó a descubrir con horror que ella se iba pareciendo cada día más a aquellos enanos de su infancia que tenía ya olvidados.

No podía soportarla. No podía ver su rostro arrugado, sus cabellos estúpidamente teñidos, su cuerpo fláccido y deformado por las grasas. No podía escuchar su voz de timbre chillón.

Era incapaz de pintar y apenas podía descansar. Al contemplarla a su lado, durmiendo tranquilamente como un fardo, sentía repugnancia, y nacían en él ansias homicidas. Deseaba estrangularla, machacarla, pero no era capaz. Se levantaba desesperado de la cama y se iba al estudio para intentar iniciar algo sobre el lienzo blanco que seguía permaneciendo igual.

Estaba convencido de que su mujer era la culpable de todo. Ella estaba allí para atormentarle, en ella reencarnaban los enanos horribles. Tenía que deshacerse de ella, antes de que ella le destruyera a él. Pero no era capaz de encontrar la fórmula del crimen perfecto. Porque él no estaba dispuesto a ir a la cárcel.

Hasta que no pudo más. Hasta esa tarde en que ella, como otras muchas veces se preparó para bañarse. Antes de entrar le había dicho:

—Deberías darte un baño antes de acostarte. ya verías como te ayudaba a dormir.

Aquellas palabras le decidieron. Aquello era una burla infame. Se estaba riendo de él. De sus insomnios, de su desesperación. Eran los enanos que habían disfrutado con la muerte de su madre y se preparaban para la suya... No, no podrían con él.

Entró en el baño, llevaba un estilete. Se lo clavó una vez y otra, hasta que ella quedó en una posición extraña, de muñeca de trapo tronchada, igual que su madre, con la diferencia de que su madre era hermosa y la mujer que contemplaba ahora era un ser deforme.

Se fue tranquilamente al estudio. Le parecía que se había quitado un gran peso de encima. Se sentó en la hamaca con un suspiro de alivio, y se puso a mirar complacido la tela que esperaba desde hacía tantos días su mano. Ahora sí, ahora podría pintar.

Había poca luz en la estancia. Se levantó y encendió una de las pantallas. Se sentía a gusto Después de mucho tiempo tenía necesidad, por fin, de pintar. Se puso a trabajar febrilmente, con una alegría feroz, con una rapidez casi maquinal, como si una fuerza misteriosa impulsara su brazo.

Pasaron así varias horas. Seguía trabajando sin descanso, como si le faltara tiempo, o quisiera tal vez recuperar todo el que había perdido en los últimos días. Le absorbía un impulso creador. No sentían cansancio, ni siquiera pensaba. Le pareció que el cuadro estaba ya bastante adelantado. Se encontraba satisfecho y contento de su labor. Había trabajado a fondo. Dio unos pasos hacia atrás para contemplar su obra con mejor perspectiva. Estaba mal colocado y las luces formaban sobre el cuadro unas sombras que le impedían verlo bien. Se cambió de lugar. Ahora sí podía contemplarlo con todo detalle.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, llenos de terror. No era posible. No. El no podía haber pintado aquello. Se acercó un poco más al cuadro, con paso cauteloso y el miedo aguijoneándole en todo el cuerpo. En el lienzo se veían dos figuras, dos enanos, tan reales que parecían seres vivos, mirando desde sus oscuros ojos pintados con expresión de sarcasmo.

Sintió deseos de huir, de salir corriendo, pero ¿dónde ir? ¿adónde escapar? Estaba seguro de que aquellos monstruos le seguirían donde quiera que fuese.

Se dirigió hacia la mecedora y se dejó caer con un suspiro de desaliento. No se atrevía a mirara hacia el horrible cuadro y no intentaba siguiera salir de la habitación porque sabía que ellos se lo impedirían, ellos estaban allí para algo.

Sentía miedo, un miedo fatal que le impedía volverse a mecer como unas horas antes, un miedo que era al mismo tiempo aceptación ante algo inexorable.

Ahora empezaba a comprender muchas cosas. Los enanos le siguieron siempre, le utilizaron para matar a su mujer, igual que utilizaron a alguien para matar a su madre, o, tal vez fueron ellos mismos...

Se atrevió a volver a mirar el horrible cuadro. Le pareció que uno de los enanos sonreía diabólicamente con expresión satisfecha. Un furor incontrolable se apoderó de él. No, no se reirían de él. No continuarían destrozando su vida por más tiempo. Estaba dispuesto a todo. Ya había matado una vez.

Se levantó con tal ímpetu que la hamaca quedó moviéndose rápida y sola: tac-tac, tac-tac, tac-tac, como un reloj. Cogió con fuerza un abre-cartas que había en una mesa cercana y se dirigió hacia el lienzo dispuesto a destrozarlo. Su mano se dirigió certera hacia el cuerpo de

uno de los enanos, le pareció que el rostro se crispaba en una mueca de dolor. Aquello le produjo un goce intenso y dirigió con rapidez el arma hacia el otro enano. Fue entonces cuando sintió un dolor muy agudo en el pecho. Apretó entre su mano crispada el abre-cartas intentando hendirlo de nuevo en el cuerpo del segundo enano. Tenía que estar seguro de haber matado a los dos. Pero sus fuerzas ya no le respondieron. Cayó a los pies del cuadro. Estaba muerto.

* * *

Al día siguiente, en todos los periódicos de la tarde, aparecía la noticia de la trágica muerte del pintor Mario Olea. En la casa que poseía en un edificio del viejo Madrid habían encontrado el cadáver e su mujer desangrado en la bañera. El del pintor había sido encontrado en su estudio, a los pies de una lienzo blanco que tal vez se disponía a pintar, y que aparecía salpicado de sangre. Las primeras investigaciones hacían pensar en que, por causas desconocidas, el pintor había matado a su mujer con un estilete, y se había suicidado después con un cortapapeles. No se habían encontrado huellas de lucha. Todo estaba en orden. EL matrimonio no parecía haber recibido ninguna visita aquel día, y lo único que podía tal vez llamar la atención en el dramático escenario de aquellas dos muertes, era que el cuerpo de Mario se hallaba caído ante un cuadro de gran tamaño sostenido sobre un caballete. Junto a él se hallaban preparados pinceles y colores, como si el artista hubiera pensado pintarlo, y, en una especie de último y dramático homenaje, su sangre había salpicado el lienzo formando sobre la blanca tela dos sombras rojas que parecían insinuar la forma de dos enanos.